

Edificio Universo

Transcurría la noche en absoluta calma en el Edificio Universo, mientras los miles de operadores continuaban verificando la infinidad de terminales donde se reflejaba hasta el más mínimo detalle de la información.

La gigantesca sala que albergaba filas y filas de escritorios renovaba sus habitantes religiosamente cada ocho horas, completando tres turnos diarios que permitía tener la certeza de que no había instante en que los monitores fueran desatendidos.

Al final de cada grupo de cincuenta escritorios, se podía observar una tarima que era ocupada por un Oficial Supervisor quien, además de controlar las tareas de los operadores, se encargaba de retirar de las enormes impresoras los listados y reportes, clasificados según el tema que abarcaban. Los resúmenes de estos informes eran entregados, cada hora, a los Jefes de Área, quienes controlaban que todo siguiera sus carriles habituales.

El edificio comprendía trescientos pisos, que se repartían por encima y por debajo de la planta baja. Tenía ciertas características particulares, por ejemplo: la cantidad de pisos y subsuelos era incierta y, jornada a jornada, en virtud de los acontecimientos desarrollados ese día, podía variar su profundidad (aumentando la cantidad de subsuelos) o su altitud (acrecentando el número de pisos). Asimismo, si bien existían áreas reservadas de acuerdo a la función de cada individuo, casi la totalidad del personal del edificio tenía prohibido el acceso directo a la planta baja.

Existían dos autoridades supremas que regían respectivamente en la parte superior o subterránea del edificio. Estas autoridades residían en los pisos (o subsuelos) más cercanos a la planta baja y eran las únicas que podían designar los autorizados a ingresar a la “zona prohibida” con el fin de realizar tareas específicas.

Cada sector o área que existía en alguno de los pisos superiores tenía su réplica en forma subterránea, aunque la decoración era bastante diferente: mientras en la parte que se elevaba predominaba el color celeste por sobre el blanco, justificando que se lo llamara “celestial”, en la parte inferior, conocida vulgarmente como “infierno”, diversos tonos de rojos asomaban entre las negras paredes.

Entre las áreas más importantes, se podían mencionar las de Natalidad, Amor, Enfermedad, Muerte, Tristeza, Ambición y Vanidad, quienes se encargaban de recibir los reportes enviados por los Oficiales Supervisores y debatir sobre lo adecuado de su influencia en lo ocurrido en la planta baja.

Esa noche, Damián, uno de los operadores nocturnos, se sentía especialmente complacido, ya que en el transcurso del año había sido seleccionado para una misión que le había resultado bastante satisfactoria. Pese a que llevaba más de trescientos años en sus funciones, Damián siempre se las ingeniaba para encontrar interesante sus tareas.

En este caso, ver el agradecimiento de la mujer que abrazaba con todas sus fuerzas al bebé que Damián había rescatado de las llamas, le produjo una sensación extraña pero placentera a la vez. Algo similar a lo que recordaba experimentar en su etapa anterior al ingreso al Edificio, aunque, claro está, los recuerdos habían sido convenientemente eliminados junto con las emociones en el proceso de admisión.

Su memoria comenzaba en el momento exacto en que se encontraba formando parte de una enorme fila ordenada frente a un mostrador enorme donde había infinidad de parejas que, se enteraría después, eran Fiscales de Ingreso, conformadas con uno de la parte “celestial” y otro del “infierno”, quienes revisaban pausadamente los monitores donde se analizaba cada ficha en forma individual dejando que el sistema determinara su destino.

Damián recordó haber aguardado su turno, observando al resto de las personas que formaban la fila, contemplando infinidad de gente, en su mayoría ancianos, pero también hombres y

mujeres de todas las edades y razas, algunos con tremendas heridas y otros de apariencia externa, irónicamente, más saludable.

Pese a que Damián se sentía tranquilo, se preguntó qué instrucciones recibiría, ya que, mientras esperaba ser atendido, había visto como, en función de lo ordenado por los Fiscales, las personas eran conducidas a un pasillo donde a la izquierda se encontraban los ascensores que iban hacia los subsuelos y a la derecha los que realizaban el recorrido hacia los pisos superiores.

Al llegar su turno, Damián observó detenidamente los gestos de los Fiscales buscando algún rastro que le permitiera intuir su destino. Solamente contempló como ambos pulsaron una serie de teclas y a continuación un Guardia lo condujo, gentilmente, por el pasillo a la derecha donde el ascensor subió una cantidad de pisos imposible de precisar.

Cuando el ascensor se detuvo, Damián ingresó a un sector denominado Inducción, donde fue recibido por una Asistente que lo esperaba sosteniendo una carpeta con una etiqueta que decía "Damián Legajo 14.245.596.425.789", número que tuvo que memorizar para siempre, que incluía un detalle de las instrucciones generales. A continuación la Asistente lo acompañó por una serie de pasillos hasta llegar a una sala donde había una sucesión de pequeños compartimentos idénticos asignados por número de legajo.

Damián recorrió con la vista su nuevo "hogar" y pensó que se adaptaría sin mayores dificultades a sus condiciones. Pero no solamente se limitó a acostumbrarse a su compartimento, también intentó, a través de los años, otorgarle un toque personal.

Recordó que, cuando la Asistente se retiró, Damián se dedicó con atención a leer las instrucciones que le habían sido entregadas, donde se consignaba que había sido designado como Operador de Terminales del turno noche y que debía presentarse puntualmente a las 23hs en el sector J-33.

Las instrucciones indicaban también que en la pared derecha de su habitación encontraría un cronómetro digital que le indicaría el tiempo que restaba para presentarse a trabajar, un mapa en formato de holograma que le señalaría tanto la ruta para llegar hasta su sector de trabajo (J-33) como las áreas del Edificio a las que tenía acceso y el Manual de Misiones y Funciones que debía tener completamente leído antes de su primera noche de trabajo.

Damián observó que apenas restaba una hora para que comenzara su turno. Por lo tanto, procedió a recostarse en su litera individual, tratando de concentrarse en el contenido de su Manual.

Antes de que el cronómetro hubiera anunciado que "Debe prepararse para asistir a sus tareas en cinco minutos", Damián había aprendido que sus tareas requerían concentración, compromiso y responsabilidad, algo que nunca olvidaría. Como parte de su entrenamiento para trabajos más complejos, le había sido asignado el seguimiento "superficial" de una pequeña ciudad: debía reportar la cantidad de nacimientos, muertes, enfermos, sanos, divorcios, casamientos, entre otras.

Siempre surge una sonrisa de sus labios, cuando rememora su fascinación al descubrir que, desde el monitor de su terminal, podía tener una visión general de "su" ciudad y que, con apenas rozar con su dedo índice la pantalla, en el punto deseado, podía ampliar el detalle hasta límites increíbles como el de visualizar un solo individuo. Aunque, sin duda, su "juguete" preferido era el Visor de Sentimientos, herramienta que tardó un poco en dominar.

Unicamente algunas noches, justo antes de dormirse, se preguntaba cómo había llegado hasta allí.

FIN

Postfacio:

Creo que es una de las primeras cosas que escribí, allá por octubre de 2002, y que, milagrosamente, se salvó de mi autocrítica feroz. Sobrevivió y me dio una grata sorpresa cuando la eligieron para una antología de "Nitecuento" en España. Disparó el concepto original del edificio que cambia su cantidad de pisos y subsuelos según lo que sucede en la "P.B.". Algo de eso terminó en "Solitaria multitud" (aún inédito). Léase con "Arquitectura moderna" de Fricción.